

EL ALMA DEL BARCO

(Extraído y adaptado del artículo "Evocaciones nostálgicas", autor CN., D. Enrique Fontanals Barón. RGM OCT 1980)

Dice el autor: -Porque el hecho es que (*leo entrecomillado*) "los barcos tienen alma", o al menos se comportan como si la tuvieran: son alegres o melancólicos, tienen caprichos imprevisibles, se mueven de forma peculiar y propia, padecen vicios y gozan de virtudes y hasta pueden llegar a hacer oír su voz. Esto no es, desde luego, nada nuevo para quien ha navegado, y mis compañeros marinos, que lo habrán percibido también, hasta lo habrán expresado alguna vez.

Habrán podido apreciar cómo un barco, enfrentado con mal tiempo, lo supera con ligereza, con elegancia y con alegría, mientras que otro lo hace pesadamente, como a regañadientes. Ese carácter alegre o triste marca al barco de forma indeleble, y para el que lo conoce se manifiesta con igual o parecida intensidad, aun estando amarrado y flotando en las tranquilas aguas de un muelle bien protegido.

También habrá tenido que luchar con los inexplicables caprichos de otro buque al que se desea hacer maniobrar, pongo por caso, cayendo a una banda, babor o estribor, y que, sin causa aparente que lo justifique, obliga a uno a invertir el sentido de la maniobra, haciendo bueno el consejo que quizá su comandante recibió de su predecesor de que "al barco hay que dejarle hacer lo que quiera y no empeñarse en llevarle la contraria".

Cualquiera de esos buques tiene su forma peculiar de moverse: el primer bandazo (o sea, la inclinación violenta del barco hacia un lado), repito, el primer bandazo al dejar un puerto o un fondeadero abrigado produce al que navega en él la sensación de algo familiar, ya conocido y experimentado muchas veces. Algo usual, como el saludo de un hijo al llegar a casa o como el sonido del timbre de la puerta.

El conjunto de sonidos que le acompañan en la navegación tiene la expresividad de un timbre de voz propio: la parada de una bomba, la alteración del sonido del viento en un cambio de rumbo; la aparición de un nuevo crujido o la desaparición del existente, el batir de una puerta normalmente trincada, el zumbido de un motor al arranque, etc., producen en ese timbre de voz unos cambios muy perceptibles para la dotación.

Pero existe, además, un algo indefinible y etéreo que vive entre los mamparos del barco (sus paredes) y que lo impregna de una personalidad difícilmente explicable. Ese algo espiritual, intangible y misterioso, se manifiesta con más fuerza en unas situaciones que en otras. Permanece sosegado y se refugia, quizá, en los más profundos huecos de las sentinas (o sea, las cloacas), lejos del ruido y de la confusión, cuando el barco se ve invadido por los operarios del astillero durante una reparación. Huye de los sonoros golpes de las mandarrias sobre el metal, evita el chirrido del arco de soldadura y los cegadores relámpagos que le acompañan, se aparta del crepitar de las catracas y de los sonidos prolongados y penetrantes de las cadenas de los aparejos y de los diferenciales, se aleja de las voces humanas de tonos altos, se esfuma, se disuelve, se escurre y queda soterrado en quién sabe qué apartado recoveco, en espera de que todo vuelva a su orden normal, para impregnar nuevamente con su hálito cada mamparo, cada cuaderna (o sea, costilla), cada compartimento.

En cambio, cuando todo es silencio y quietud, cuando no hay a bordo más sonidos que los rumores normales en la navegación, en las noches tranquilas en las que incluso la gente de guardia habla en voz baja, ese algo inunda toda la estructura y tiene, casi, consistencia y peso.

Capitán de Navío Eduardo Bernal, IHCN, R5 Todo Noticias.

Resumen:

"Los barcos tiene alma", o al menos se comportan como si la tuvieran: son alegres o melancólicos, tienen caprichos imprevisibles, se mueven de forma peculiar y propia, padecen vicios y gozan de virtudes y hasta pueden llegar a hacer oír su voz.